



(Capiteles bizantinos existentes en el segundo patio del Hospital de Niños espósitos, traídos de la antigua basílica de Santa Leocadia en Toledo.)

LAS CANTADERAS DE LEÓN.

Entre las diversas tradiciones que de nuestra inmortal loba contra los hijos del Islam nos legaron los pasados tiempos, se cuenta por una de las más notables el feudo de cien doncellas. Hubo un tiempo en que los cristianos españoles le tenían por irrefragable, anatematizando la negra memoria del torpe Mauregato, cuyo perjurio y usurpación llevaban á los musulmicos harems la malaventurada paz de las doncellas castellanas. La crítica ilustrada llegó á negar después la existencia del ominoso tributo, presentándole como invención de menguados cronistas, ó falaz conseja de populares romanceros. Cualquiera que sea el resultado de tal controversia, no hace á nuestro propósito. Pues habiendo de tomar el feudo como origen del tradicional recuerdo que intentamos describir, tenemos que presentarlo en su primitiva acepción, partiendo sencillamente de la antigua creencia popular.

Bien sabido es que, reinando en Córdoba el poderoso Abderramen II, y en León el rey D. Ramiro I, por los años de 844, el califa ismaelita reclamó del monarca cristiano el tributo de las doncellas por medio de embajadores. El soberano leonés rechazó altivamente la impía exigencia, declarando que daría la contestación en el campo de batalla. La guerra estalló nuevamente entre la Cruz y el Koran, y la batalla de Clavijo fué el glorioso y sangriento fallo de tan desesperada contienda. En ella se hundió el orgullo musulmán bajo una pira de innumerables cadáveres. En ella se salvó otra vez la nacionalidad española; y al propio tiempo que los infieles tornaban fugitivos á sus espantadas fronteras, tremolaban victoriosas palmas las vírgenes alivas de Castilla.

La ciudad de León, capital de la monarquía y corte del vencedor, quiso eternizar la fausta memoria del gran acontecimiento, instituyendo una fiesta anual, que simbolizase á los ojos de la posteridad su importancia pública, su caballeresco origen y sus honrosas consecuencias. Este lisongero aniversario se celebró desde entonces hasta hace muy pocos años, con toda la pompa y solemnidad de su institución. Pero al presente no es así; pues por mercantiles economías se le ha despojado de toda la parte alegórica y popular, que tanto habla el sentimiento, y que en semejantes armonías constituye la expresión de una idea, puesta al alcance del vulgo por medio de las impresiones del espectáculo. La ciudad, decíamos, hizo oferta de celebrar anualmente el triunfo de D. Ramiro; y con este objeto se verificó el día 13 de agosto la fiesta llamada de las *Cantaderas*. Nada más natural. En una nación como la española, y en una época, cual nuestros tiempos caballerescos, en que las pasiones nobles consagraban al bello sexo una especie de culto entusiasta y sentimental, nada más conve-

niene, repetimos, que erigir una memoria sencilla y tierna al día inmortal que liberó á las vírgenes leonesas de la servidumbre y la manilla, celebrándole con ostentoso aparato, con regocijo solemne y nacional.

Las *Cantaderas* son diez y seis niñas pertenecientes á cuatro parroquias de la ciudad, únicas que debieron existir en tiempo de D. Ramiro, y que por esta razón conservan semejante preeminencia sobre las restantes. Las de una de ellas eran del estado noble, aludiendo sin duda á que la mitad de las doncellas del feudo eran sacadas de la nobleza del reino. Y de aquí se deriva la significación de las niñas de ambas clases en el número de las *Cantaderas*. En el día de la fiesta salen de las casas consistoriales de la ciudad, formando una especie de procesion triunfal. Van magníficamente ataviadas, cubiertas con blancas vestiduras, coronadas de flores, entonando festivos y armoniosos himnos, y celebrando en agradables y caudorosas danzas la dulce memoria de su inmaculada libertad. Y los sonoros acentos de las tiernas doncellas, los ardientes compases de la música maveal, y los alegres ecos de un pueblo sensible y creyente, que celebra una de las glorias más bellas del país, dan á la solemnidad un conjunto lleno de animación, atractivo y entusiasmo, que afecta dulcemente la fantasía, y la lleva á perderse entre suaves emociones llenas de poesía y sublimidad. Precede á la comitiva una especie de botarga, llamada *la Sotolera*, ridículamente vestida y cubierto el rostro con un antifaz. Representa la imagen del vicio persiguiendo á la inocencia virginal; y por esto es papel infamante, que sólo ciertas mujeres necesitadas se prestan á desempeñar por algunos ducados, aunque guardando á todo trance el incógnito. Acompañan también á las doncellas una porción de hombres enmascarados con trages árabes. Uno de ellos lleva una escoba de palma, y colocada sobre ella una candelera encendida, levantada en alto; otros tañen atabales y añalles á la morisca usanza, y otros, en fin, festejan á las elegantes y alegres *Cantaderas*. No hemos podido encontrar la significación especial de algunos pormenores; su bien se comprende en general la referencia alegórica de cada uno de ellos, en todos los accidentes del cuadro que procuramos esmeradamente trazar.

Precedido de aquel vistoso cortejo, el ayuntamiento de la ciudad, en acto de ceremonia, se dirige á la catedral, y se incorpora con el cabildo á la entrada del átrio, desde donde ambos se encaminan, penetrando en el templo por el pórtico principal, al altar titulado *del foro y oferta*, situado en el patio interior de la basílica. Cuando se aproxima á él la municipalidad, sale á su encuentro el canónigo procurador de la iglesia, y pregunta solemnemente: «¿El M. I. A. de León se dignará manifestar el objeto que le trae hoy á este templo?»

Entonces el síndico de la ciudad se adelanta á su vez, y repone con la misma dignidad: «El M. I. A. de la ciudad de León viene á poner

sobre un altar de la Virgen María la ofrenda de doscientos y once areales, en cumplimiento del voto hecho para el aniversario de este día. — «¿Pero es por foro, ó por oferta?» replica aquel: — «Por oferta, y no por foro.» — «Pues el cabildo no puede recibirlo como oferta, sino como cual foro.» — «Y el M. I. A. no puede entregarlo cual foro, sino solamente como oferta.» Y acto continuo cada cual manda arreglar testimonio al secretario de su respectiva corporación, que se formaliza en autos, retirándose unidos los dos cabildos, para celebrar la miza votiva de gracias en la catedral.

Otras particularidades hay en esta festividad, que no consignamos por no hacer mas difusa narracion. Mas no dejaremos de decir que el foro y oferta ha costado empeñadas cuestiones y famosos pleitos al ayuntamiento y cabildo. De cualquier modo, es lo cierto que este aniversario formula el recuerdo de una gran victoria. Pues aun prescindiendo, si se quiere, de la parte romancesca, en lo que atañe al feudo, no puede dudarse el inmenso resultado que la victoria de D. Ramiro produjo en favor de la reconquista de nuestra nacionalidad, atajando la hárbara acometida, que desde el imperio cordobés lanzaba uno de los feroces sucesores de Mahoma contra el renaciente estado, que se cobijaba á la sombra de la triunfal espada de Pelayo; y haciendo aprender al orgullo musulman con la sangrienta lección de Alhenda, que la estrella de España tornaba á lucir en el horizonte de la fortuna, para eclipsar por siempre el astro menguante de Ismael.

Está por lo que hace al resultado de la creencia tradicional, fundamento de la costumbre histórica, objeto del presente artículo. Por lo demás, quede un buen hocó en pie la polémica de los críticos acerca del feudo y de la batalla. Allí se las avengan los impugnadores del arzobispo D. Rodrigo y de la historia compostelana. Nosotros, humildes narradores de las creencias de otros tiempos, no tenemos para qué tomar campo en la discusion, cualesquiera que puedan ser, por otra parte, nuestras opiniones en la cuestion histórica sostenida por celeberrimos escritores. — La tradicion popular celebró por muchos siglos la victoria de D. Ramiro, y la vió perpetuarse alegóricamente en la orgullosa fiesta de las Cantaderas de León.

V. GARCIA ESCOBAR.

RECUERDOS DE LA CHUANERIA.

(Continuación.)

Mi posición comenzaba á ser difícil. Bernardo no podía menos de ser reconocido á nuestra llegada, y yo iba á verme comprometido sin conseguir salvarlo. Persuadido de que no podía haber otro camino de salvacion que la audacia, conservé mi continente, y seguí marchando sin apresurar el paso, seguido á poca distancia por los gendarmes.

Llegamos así á la aldea, y al pararnos en el camino creí distinguir á la puerta del mariscal que habia herido mi caballo, á la muger de Morel que el verme se retiró. Seguramente nos habria precedido por el camino de los matorrales; ¿pero por qué habia venido? ¿qué habia allí?

Llegamos á la puerta del mariscal, cuando este salía de la fragua cantando como un borracho; me hizo una seña y detuvo el caballo.

—Ya le esperaba á V., me dijo con una voz aguardentosa, tengo una cosa que devolverle.

—¿A mí?...

El me miró con el aire de un borracho que la veba de truan.

—Busque V., busque V., replicó balbuceando, ¿no perdió V. ayer alguna cosa cuando pasó por aquí?

—No.

—Vaya, venga V., venga V. á verlo á la fragua.

Dudaba si bajar, cuando me dijo:

—¿Qué no ha perdido V. un látigo?

Yo titubeé y él me miró riendo.

—Ahora me acuerdo, le respondo, sí; ha perdido un látigo.

—Entonces baja V. en buen hora, á ver si es el que yo tengo.

Dijé en efecto, y el brigadier hizo lo mismo; pero se quedó á la puerta.

Entó me dio el mariscal, quien me enseñó un látigo que me apresuré á reconocer.

—No dudó que sea de V., dijo él, hablan lo de manera que pudiera oírlo el brigadier, porque estoy cierto de haberle visto ayer en manos de su criado de V., á quien he reconocido al instante, lo mismo que al caballo; sin embargo, no estaba enteramente seguro de ello, porque esta mañana ha venido un estallero á hacer herrar mi caballo, y podía ser que le hubiera olvidado; con tanta mas razón, cuando qué iba muy deprisa.

V. acercándose á mí oído con una apariencia de misterio, me dijo:

—Tan de prisa como un tejón que ha sentido los perros.

—¡Oh! dijo, entonces será algun noble, algun no juramentado.

—Justo; no le dió nada; pero lo he conocido muy bien; tenía de Locurora... y era un predicador famoso que llamaban Bernardo.

—¿Se dirigía hácia Dinan?

—Es muy posible porque tomó el camino de Matignon; pero es que todo se lo digo á V. en confianza; pero no quisiera que le sucediese nada malo; yo soy un cristiano, bautizado, confirmado y todo... los no juramentados son los buenos: los jurados ¡ah! ¡quisiera hacer una bigornia con sus cabezas!

—Desculda V. por mi parte, le dije saliendo; pero tenga V. cuidado de que no le oigan.

—No hay nadie, replicó el mariscal, echando al rededor una mirada rápida.

En efecto, el brigadier acababa de reunirse á su gente y estaban montando á caballo. Había yo subido á mi caruaje y él me desió un viaje feliz.

—¿Qué! ¿no viene V. á Saint Briene? Le pregunté con fingida sorpresa.

—No, me dijo volviendo grugas, y tomó con los suyos el camino de Matignon.

Apenas les hubé perdido de vista, cuando eché mi caballo al galope temiendo que volvieran á buscarnos. Anduvimos una legua, sin hablar siquiera y volviendo la cabeza á cada instante para asegurarnos de que no nos seguian.

—Decididamente nos han dejado, y espero que V. se salve.

—Gracias á la generosidad de V.

—Le he visto á V. espuesto á perder la vida, y he debido hacer lo posible por salvarla.

—¿Cómo podré agradecer á V. el haberse espuesto así por un desconocido?

—Usted se engaña, le dije, el antiguo vicario de Coetmieu no es desconocido para mí.

—¿Cómo!

—¿No se acuerda V. de aquel muchacho que no quería ser un mal cura y á quien V. tenía meses enteros á pan y agua para darle vocacion?

—¡Bautista! gritó.

—El mismo.

—¿Seréis vos?..

—Aquel mal hombre de que se habla V. hecho carcelero y que en su desesperacion juró tantas veces vengarse.

Bernardo me miró con espanto.

—Ve V. que acabo de cumplir mi venganza, el recuerdo de lo que acabo de hacer castigará bastante el mal que me habéis hecho.

—Al violentar sus inclinaciones de V. cumplia con un deber, balbuceó el sacerdote con embarazo.

—Como yo he cumplido otro deber á V. de la harka; cada uno tiene su mision en el mundo y comprende el deber á su manera.

Bernardo se puso encarnado.

—Usted ha obrado como un buen cristiano, dijo con voz algun tanto alterada: Dios se lo tendrá en cuenta. Por lo demás no quiera exponer á V. por mas tiempo. El castillo del marqués de Lormier deba estar cerca de aquí.

—Una legua poco mas ó menos.

—En cuanto se descubra me separaré de V.

—¿Por qué?

—Porque espero encontrar en casa del Marqués un asilo seguro.

—En efecto, replicó yo, su castillo es un centro de conspiracion donde será V. bien recibido: allí podrá V. ayudar al señor de Lormier á sublevar á las parruquias contra las ciudades.

—¿Sospecháis?...

—No, nada sospecho, he oído el sermón que ha predicado V. la noche última.

—¿Usted...?

—Y he leído además los actos de fe, esperanza y caridad que usted ha escrito y que nada dejan faltar respecto á las ideas de V.

—No he tratado yo tampoco de ocultarle, dijo con una impaciencia altanera, y la prueba es que estoy preso; así que, aseguro á usted que mientras pueda hablar no dejaré de aconsejar á los boles que sostengan su fe aun en tan peligro de su vida.

—¿Es decir que predicará V. la guerra?

—Les diré que imiten á la tribu de Levi, por haber sacrificado á seis hermanos que estaban prosternados delante de los ídolos.

—En buen hora; pero como yo soy uno de esos hermanos, que amo mis ídolos y que no deseo que me sacrifiquen vuestros levitas los bajaré los ojos, le declaré á V. que no iré al castillo de Lormier.

—¿Y adonde me llevará V. me dijo?

—A Leguá.

—No conozco allí á nadie.

—Pero yo conozco á un capitán que se encargará de conducir á V. á las islas Británicas.

Bernardo exclamó:

—¡A las islas británicas! Jamás consentiré en ello; y V. no puede disponer de mí contra mi voluntad: así deténgase V., caballero; yo no soy prisionero suyo, y quiero bajarme aquí.

Por toda respuesta di un latigazo á mi caballo; él quiso saltar al camino, pero le detuve; y con un tono firme le dije:

—No bajará V.; he cumplido un deber como hombre, arrancando á V. á la prisión y á la muerte; ahora es necesario que cumpla otro como ciudadano, impidiéndole que fomente la guerra civil. Esta es la única condición bajo la cual se me podría escusar el haber librado á V.

—Es decir, que V. se constituye en juez mío y me condena al destierro?

—Solamente condano á V. á vivir sin hacer mal. Si para esto es necesario que V. parta, creo que eso es lo menos perjudicial aun para V. mismo. Al obrar así, no obedezco ni á un délo de partido ni á un rencor personal; todo lo que le falta á V. puede pedírmelo; procuraré además proteger la huida de V., proveer á sus necesidades; pero no permitiré que conspire V. contra el país, por culpa mía y delante de mí; porque esto sería asociarme á la traición de V.; por otra parte, ese destierro de que V. tanto se queja, le han escogido la mayor parte de los que estaban en su caso, como la sola vía de salvación, y allí se reunirá V. con ellos.

Quiso hablar; pero le interrumpí diciendo:

—Mi resolución está tomada, y nada podrá cambiarla; sabe V. muy bien que está á mi disposición, y que toda resistencia que quiera oponer no servirá más que para perderle; conque así sométase V. á mi voluntad y deje el vengarse para más tarde.

El me lanzó una mirada de basilisco, cruzó los brazos sobre el pecho, y murmuró con voz sorda una amenaza que no pude oír.

Llegamos á Saint-Briens el mismo día; desde donde volvía á Leagué para ajustar el pasaje de Bernardo en un buque, á cuyo patron conocía, y á la noche siguiente salió para Gouppesey.

Supe mas tarde que había llegado á Londres, donde tomó una parte subalterna en las intrigas de los emigrados; que había venido muchas veces á la Bretaña con mensajes para el señor de Puisale; que había firmado parte de la expedición de Quiberón, y que habiendo vuelto por fin á Inglaterra, murió en la mayor pobreza, despreciado de todos, y con la desesperación de un ambicioso que no había podido lograr sus deseos.

Era el año de 1794; habían pasado cinco desde nuestro primer viaje á Brest, cinco años que habían bastado para transformar la sociedad. Volví yo á aquellos sitios con el corazón oprimido y el presentimiento del futuro cambio que iba á encontrar.

Mi caballo se hirió al llegar á Morlaix, y no queriendo detenerme me vi en la precisión de tomar una especie de charaban cubierto, que hacía el servicio desde Brest á esta ciudad.

En esta época eran muy contados los viajeros; nadie salía de casa evitando el hacer ruido, porque era necesario que no le sintiesen á uno vivir si quería vivir seguro.

Al tiempo de partir me encontré solo, y el principio de mi viaje fué naturalmente silencioso. El postillon, que por su traje y gorró encarnado manifestaba desde luego ser un excelente ciudadano, había entonado la Marsellesa dando latigazos á sus dos rocines Pitt y Colbert, jurando contra los baches, y tratando de aristócratas á los caminos, que desveladas por la artillería, estaban verdaderamente intransitables; pero al cabo de una hora se cansó de cantar y jurar, se volvió hacia mí y me dirigió la palabra, diciendo:

—Ciudadano, ¿hace mucho tiempo que no has ido á Brest?

—Cinco años.

—¡Cinco años! ¡Ah! Entonces estábamos en tiempo de la monarquía. Encontrarás que ya se ha vuelto la tortilla. Las gentes de antaño ya no son tan orgullosas; hay mas de ochocientos encerrados en un castillo.

—¿Y es hacen ahora muchas ejecuciones?

—¡Qué! ninguna. El prior de la Marne es un buen sansculotte, pero no tiene hambre de aristócratas...

—¿Preguntáis por Laignelot? ¡buen pájaro está! Dice que los republicanos no necesitan mas que pan y tierra. Cuando llegó la primera vez estaba yo en el club, y desvaneciendo el sable y poniéndole encima de la mesa á manera de pluma, dijo:—Vengo de Rochefort, donde he dispersado á los aristócratas, á los monopolistas y á los moderados. Conmigo traigo el hachero de la república, y espero que tendrá el placer de hacer uso aquí de su rayja nacional.... Entonces presentó al vengador público.

—Al vengador.

—¿Y qué todos dimos al ciudadano el abrazo fraternal, y para probar que teníamos principios sólidos le nombramos en seguida presidente del club, como para decir á los aristócratas que ya era tiempo de que tirasen sus rochetas.

—¿Y comenzaron entonces las ejecuciones?

—Sí; pero duraron poco, porque Laignelot se marchó y Juan Bon Saint André se fué con la escuadra; pero es de esperar que á su vuelta empezará de nuevo. A fe que buena falta hace, porque esto no marcha. No hay un viajero, y es necesario que coman mis caballos y mis hijos.

—¿Tienes hijos? le pregunté, deseando cambiar de conversacion.

—¿Soy por ventura aristócrata para no tenerlos? Tengo seis, y el mayor que cuenta doce años es ya todo un patriota, y ha sido recibido como miembro de la sociedad regenerada.

—Pues qué! ¿Forman los niños parte de vuestro club?

El cochero guiñó los ojos con aire de orgullo.

—Regularmente no sucede así; pero ahí tienes lo que son las cosas. El muchacho entiende mucho de pluma, y el maestro le ha mandado hacer una muestra en que decía:

El mundo no será dichoso hasta que no se haya ahorcado al último de los reyes con las tripas del último de los curas.

Y despues le envió con los diez mas adelantados de la escuela á presentar su plana á Laignelot, quien quedó tan satisfecho de la buena educacion que se da á los niños, que los hizo admitir como miembros del club, si bien es cierto que estos muchachos tienen un lance aparte, adonde van á cantar la Marsellesa y á gobernar el país en union de sus padres.

En este momento pasábamos delante de una posada, y el cochero se detuvo, preguntando:

—Eh! Hay algun viajero para mí?

Y apéndonse entró en la posada.

Al saber que iba á tener un compañero de viaje me puse de mal humor. Siempre he tenido una grande aversion á esas cobalitraciones improvisadas de los carruajes públicos que os obligan á vivir un día entero con un desconocido; pero las circunstancias aumentaban considerablemente esta aversion. El solo aspecto de un extranjero era un motivo de inquietud en esta época en que se veía denunciado sin saber cómo, en que una palabra era suficiente para matar á cualquiera, y hasta el silencio mismo se hacía sospechoso. Era necesario estudiar los gestos, las miradas, las impresiones; poner al miedo cara á cara delante del pensamiento, no para ser comprendido, sino para dejar de serlo. Previendo el fastidio y el cansancio de un disimulo tan estudiado, padecía de anemismo, pero por fortuna no tuve necesidad de usar de él.

El extranjero á quien había ido á buscar el cochero, se presentó en el estribo; me desvié para dejarle sitio, y me dijo saludandome:

—Perdonad si os incomodo.

Este saludo me reanimó; la finura de este hombre acababa de revelarme su opinion, y con solo no tatearme habia hecho una profesion de fé y acto de valor. Al ver esto creció mi confianza, y se volvió la conversacion.

Pronto supimos reciprocamente que teníamos amigos comunes; esto era ya casi conocerse de consiguiente la conversacion llegó á hacerse fácil y familiar. Mi compañero de viaje comia á Brest, por haber estado poco tiempo antes.

Entré tanto seguimos caminando, y el país que atravesábamos ofrecia un aspecto cada vez mas desolado. Estos campos, que habia yo visto en otro tiempo tan llenos de mieses y de árboles, tan perfumados, tan armoniosos, estaban en el día secos, tristes y solitarios. Las casas que en otro tiempo elevaban en medio de los árboles las agujas de sus torres y sus estuadas veladas, despojadas ahora de sus sombras y ennegrecidas por los incendios, elevaban sus descarnados esqueletos á uno y otro lado del camino. Los colos de los caminos yacian en el fondo de los barrancos pantanosos, y las fuentes interceptadas por las malezas y las hojas secas, habían perdido sus bóvedas protectoras. Algunas veces cuando pasábamos cerca de una cabaña, se nos presentaba tambien una iglesia con sus delicadas esculturas y sus techos vitales; pero apenas conservaba mas que algunos pedruzcos de cristal en sus ventanas. Sus elegantes balaustradas, sus extrañas carnicidades, sus arabescos modelados en Kersanton, habían sido mutilados; y el suelo estaba sembrado de sus fragmentos, y en la puerta, en lugar del rostro sereno de un aldeano saliendo con la cabeza desnuda y las manos juntas y melidas en un gran sombrero, vimos el charo de un gendarme que estaba fumando en el dintel del lugar sagrado, que por efecto de las revoluciones se habia convertido en cuadra.

Cuanto mas nos acercábamos á Brest los campos estaban mas incultos, no se percibía ni ganado ni labradores. Solo se veían de cuando en cuando algunos caballos flacos escapados á la requisita, que movian los brazos espasmos, levantaban la cabeza al menor ruido, y huían espantados á la vista de nuestro carruaje. A lo largo del camino distinguíamos algunas estabias abiertas y abandonadas, como si el enemigo hubiera atravesado poco antes por aquel país. En las casas mas lejanas, y de las que se veía elevarse el humo hacia el horizonte, no se oía ningun rumor, ni algun ruido de sus habitantes.

se extendió á lo largo del vallé: todo permanecía silencioso y como ahogado.

—Se acerca, dije yo á mi compañero de viaje, que igualmente que yo miraba con tristeza el cuadro desolado que teníamos delante de los ojos, se creía que la guerra, el hambre y la peste araban de pasar por este país.

—Así es, dijo él, y se replica con una sola idea y una palabra: el pueblo es el que ha quemado sus casas, arruinado sus campiñas, cerrado las iglesias, arrojado á los habitantes de ellas; y sin embargo, ¡qué idea mas bella y mas santa! ¡qué palabra mas seductora y mas dulce: soberanía del pueblo! ¡república!

Cuando mi compañero acabó de hablar así, distinguimos unas carretas cargadas de marinos heridos que venían de Brest. Tendidos los enfermos sobre un poco de paja ensangrentada, ahrasados por la fiebre y por un sol devorador, carecían de todo. Algunos que habían muerto ya iban atravesados en los carros con la cabeza y los pies colgando, y sirviendo de almohada á sus camaradas. Otros, tendidos sin movimiento, esperimentaban los silbidos horribles del estertor que acompaña siempre á las agonías dolientes y combatidas. En cuanto á los que aun conservaban alguna fuerza, niaguna queja hacia traición á sus padecimientos y entonaban á media voz esas canciones mágicas con que entonces se moría.

Al pasar cerca de ellos los saludamos deseándoles un buen viaje, y por toda respuesta lanzaron al cielo el grito de ¡viva la república!

Este grito produjo en los moribundos una conmoción salvífica, agitáronse sobre la paja ensangrentada, y levantaron sus heladas manos al cielo como para que acompañaran á la voz de sus compañeros.

Nosotros nos detuvimos, llenos de respeto, silenciosos y con la cabeza descubierta delante de este espectáculo admirable.

(Concluirá.)



(Alonso Cano.)

AMOR A VISTA DE PAJARO.

CAPITULO III.

Don Blas.

La góndola del Escorial que, como la ballena de Jonás, llevaba en su vientre á Meneses, y sobre sus narices, permitasen la comparación, á Francisco, comenzó á rodar mucho mas aprisa que hubieran supuesto amo y criado; el primero porque lojo movimiento rápido y desigual era un ataque permanente á su natural indolencia, y el segundo porque temía que el carruaje doblara mal alguna esquina, tro-

pezara en algun guarilacanton, ó cogiera algun hecho, y lo despidiera, estrellándolo contra alguna rejá saliente ó contra el balcón de un entresuelo, á cuya altura se encontraba. Por lo demás, amo y criado no tenían motivo de queja; pues ambos viajaban en la mas sabrosa compañía. Acompañaban á Francisco dos agasadores, asturiano el uno y gallego el otro, aunque ambos tan borrachos como dos cubas, que en vez de fraternizar republicamente, ya que se encontraban los dos en el mismo grado de embriaguez, disputaban furiosamente la supremacía de sus provincias, poniéndose de oro y azul, á causa de que el uno habia bebido *Cariñena* y el otro *Valdepeñas*; y es fama que estos vinillos no se encontraban á la sazón en la mejor inteligencia. Francisco intentó dós ó tres veces ponerlos en paz; pero los contendientes, que se entretenían con la guerra, le amenazaron con arrojarlo desde la imperial al camino; y como Francisco era hombre poco aficionado á las caídas, los dejó reunirse á su sabor por no sufrir la suerte que ordinariamente cabe á todo mediador impotente. Meneses encontró en la berlina dos compañeros muy distintos. Llevaba á su izquierda un hombreillo de cuatro pies y seis pulgadas, flaco como un pollo madrileño, y dotado de una vozcelia de triple, la mas chillona y desagradable que pudiera un músico imaginar. Pero como en esta picara mudado rige un sistema de compensaciones mucho mas arreglado que á primera vista parece, llevaba Luis á su derecha una matrona de cinco pies y dos pulgadas de estatura y nueve pies de circunferencia. Esta muger tendria á lo mas cuarenta y tres años, y el mismo Labradó podia evudiarla su hermosa voz de bajo profundo. Estos dos seres, entre los cuales habia puesto la naturaleza cualidades tan directamente contrarias, estaban sin embargo unidos por el santo lazo del matrimonio; prueba clara de que los dos habian querido contribuir poderosamente al sistema de las compensaciones. Otro cuarto hecho viviente iba en la berlina; y este cuarto hecho era un perrito inglés lanudo, propiedad del heterogéneo matrimonio. Cuando supo Luis el estrecho vínculo que á sus compañeros unia, dijo para si:

—Estos espososirian mejor juntos, como dos pichones, y yo iria un poquillo menos incómodo en un asiento de rincón.

Esto decía Luis, porque ignoraba que los esposos habian hecho la misma cuenta respecto á la comodidad, y sacado en limpio que la posesion de los rincones merecia una corta separacion. Por lo demás no sufrió Meneses otras incomodidades que las de ver sobre sus espaldas y rodillas, cien veces poco mas ó menos, el perrito; las arias y duos de los esposos; y un terceto de esposo, esposa y perro, que casi siempre cantaba de tenor; pero en cambio cuando volvió la diligencia, y el vuelo de la diligencia debió cantarse entre los acontecimientos ordinarios del camino, Luis quedó completamente sano y salvo; porque á su cuerpo sirvió de mullido cojchón la obesa esposa, y á su cabeza de almohada el faldero, que quedó casi enteramente estrellado contra una persiana. También Francisco encontró su compensacion cayendo sobre los dos gallegos; los cuales, en su cualidad de borrachos, no se hicieron el menor daño y prosiguieron su disputa.

Como todo acaba en el mundo, menos el amor de la muger que ni tiene fin ni principio, acabó el camino de San Lorenzo, y Francisco condujo á su amo á la fonda en que habia dejado á Magdalena y su familia. Pidió Luis una habitación, se instaló en ella, tendiéndose inmediatamente sobre la cama, y encargó á su criado que averiguara si los huéspedes á quienes seguian no habian mudado alojamiento. A los tres minutos estaba Francisco de vuelta, y entró gritando:

—Buenas nuevas.

—¿Qué sucede? Preguntó Luis.

—La señorita Magdalena y su familia continúan en la fonda sin la mas leve novedad.

—¿Y qué mas has averiguado?

—Nada mas.

—¿No sabes quiénes son siquiera?

—No señor; pero es fácil averiguarlo.

—Anda y averigúalo.

—No soy yo quien deha y puede hacerlo.

—¿Pues quién?

—Usted.

—¿De qué manera?

—Vístase V. de limpio: vaya en busca de sus amigos, que muchos de ellos se encuentran en el Escorial, y no fallará quien conozca á la señorita Magdalena.

Luis hizo un esfuerzo, como si intentara levantarse, se pasó la mano por la frente como si se hallara agobiado de un fuerte dolor de cabeza; y acomodándose mejor, dijo:

—Francisco, son las nueve y media de la noche y no hemos comido.

—Es muy cierto: repuso el criado hostezando ligeramente.

—Haz que nos dispongan inmediatamente una comida ó una cena lo que se sirva aqui á estas horas.

Francisco no se hizo repetir una orden que estaba de acuerdo con sus necesidades é inclinaciones gastronómicas, y á las diez en punto entraba cargado en el cuarto con manteles, cristal y vajilla, y poco despues presentaba á su amo algunos manjares suculentos. Luis hizo los honores á la cena con un regular apellito; pero cuando empezaba á comer los postres, Francisco que se encariñaba mucho con sus ideas, le dijo:

—Acaba V. pronto de cenar, si ha de preguntar á sus amigos por la señorita Magdalena; porque se va haciendo algo tarde.

—Tienes razon, Francisco, repuso Meneses levantándose.

—¿Qué pantalones se pondrá V.?

—Si en lo que tienes razon, Francisco, es en decir que es ya muy tarde.

—¿De modo que V. pensará en acostarse?

—Cabalmente.

—¿Sin averiguar...?

—Por la mañana tomaré mejor mis informes. Cuida de llamarme temprano.

—¿A qué hora, señor?

—A las diez.

No era grande la madrugada; pero Francisco conocia perfectamente á su amo para elegirle otra mayor. Lo desnudó, como hubiera podido hacerlo con un niño de cuatro años, y cuando lo dejó acostado se fué á dormir á pierna suelta.

Aunque Meneses parecia muy prendado de Magdalena, no lo estaba tanto que el sueño huyera de sus ojos, ni habia motivo para ello. Luis habia visto á la hermosa jóven una sola vez, y en la calle; es verdad que le habia parecido divina, y que habia creído recordar un rostro visto de muy lejos ó en sueños, pero demasiado habia hecho andando tras ella siete leguas, y por otra parte estaba seguro de verla, y aun de hablarla, al día siguiente; porque Magdalena no podia haber ido al Escorial con otro objeto que el de pasar los meses de calor, y en el Escorial todo el mundo se vé, se conoce y se trata. No pudo asegurar que Luis hiciera estas juiciosas reflexiones; pero es indudable que se durmió con el firme propósito de no despertar en once horas; una menos que de costumbre.

El hombre propone y Dios dispone: á las cinco de la mañana dormia Meneses con el sueño que debieron tener los justos, cuando habia justos en la tierra, y que tienen los niños, porque los niños son de todos los tiempos y han debido abundar siempre un poquillo mas que los justos; cuando entró Francisco en su aposento. Luis despertó al instante, y pareciéndole que habia dormido muy poco para que entraran á llamarlo, preguntó:

—¿Quién vá?

—Soy yo, señor: repuso Francisco acercándose.

—¿Qué hora es?

—Las cinco.

—¿Majadero! ¿No te diga que me llamas á las diez en punto?

—Es verdad, pero una ocurrencia imprevista me ha obligado...

—¿Qué ha sucedido? le interrumpió Luis con alguna ansiedad.

—La señorita Magdalena se ha marchado.

Meneses se sentó de un salto sobre su lecho; operacion gimnástica que habia hecho muy pocas veces en su vida, y mirando á Francisco con ojos espantados le preguntó:

—¿Qué has dicho?

—Que la señorita Magdalena se ha marchado.

—¿Sola?

—Con toda su familia.

—Es imposible.

—Los he visto.

—¿A qué hora se han marchado?

—A las cuatro y media.

—¿Y has tardado media hora en decirme lo! ¿Por qué no viniste á despertarme?

—Porque tuve que atender á otra cosa mas importante.

—¿A cuál, Francisco?

—Creia necesario averiguar hácia qué punto se dirigian.

—¿Y lo has conseguido?

—Sí señor.

—¿Hácia donde van?

—Se vuelven á Madrid.

—Cosa mas rara! Francisco, esta tarde nos volvemos tambien á Madrid.

—Ya lo presumia, y tengo en mi poder los billetes.

—¿Y qué billetes has tomado?

—La berlina entera.

—Bien hecho. Asiré solo.

—¿Y yo, señor?

—Toma otro asiento.

—Solo quedan los de la imperista.

—¿Qué remedio! Pero dime: ¿no has adquirido algunas noticias referentes á esa familia?

—He preguntado á todos los criados de la fonda, y me han dicho que ha pasado el día y las dos noches sin salir de sus habitaciones, ó no ser ayer de mañana que estuvo en el monasterio hora y medio.

—¿Y te han dicho si han venido á verla algunas personas?

—Ninguna.

—Cosa mas rara! ¿Pero á lo menos habrás averiguado quienes son?

—Un poco.

—¿Cómo un poco?

—Me han dicho que el señor se llama don Blas.

—¿Don Blas de qué?

—No saben su apellido.

—A cada viaje averiguas un nombre que de nada me sirve; llévete el diablo á tí y á don Blas.

CAPITULO IV.

Un Borrow.

Mucho debia contar Meneses con la permanencia de Magdalena en el Real Sitio, porque la noticia de su marcha le hizo una impresion muy profunda y desagradable. Se tiró del lecho con una agilidad febril, y se vistió con tanta presteza, que Francisco no tenia tiempo para irle alargando la ropa. Luego que se hubo vestido salió al campo; subió á la silla de Felipe II, bajó despues al Monasterio, y empezó á recorrerlo con tal rapidez, que Francisco lo seguia turbado y jadeante. Sin pensar en ello quizás, llegó á la cornisa de la iglesia, y empezó á caminar por ella con tan resuelto desembarazo, que Francisco se santiguó dos ó tres veces, y dijo para su interior:

—Si será sonámbulo mi amo, y casualmente se hallará en un acceso de sonambulismo.

De repente se paró Luis; retrocedió hasta la entrada de la cornisa; volvió á adelantarse, contando los pasos; se quedó inmóvil en el mismo punto que habia el día antes contemplado Magdalena durante una hora; fijó su mirada en el pavimento de la iglesia y llamó á su criado. Francisco, que estaba detras de su amo, pero lo mas pegado al muro imaginable, se contentó con responder:

—Aquí estoy, señor.

—Vea acá.

Francisco dió un paso y se detuvo.

—¿No te acercas? insistió Luis con algunas muestras de impaciencia.

—Me mareo, repuso el criado, y temo caerme á la capilla.

—No importa: replicó Meneses; cogió una muñeca de Francisco y lo arrastró hasta colocarlo á su lado. La posicion no era muy segura, y Francisco se encontraba mucho peor que en la imperial de la grandola, y temblaba como un azogado.

—Mira hácia abajo: dijo Luis.

—Si miro, me caigo de seguro: tartamudeó el infeliz criado.

—No importa. Si no miras, te empujo y te salo la misma cuenta.

Francisco inclinó la cabeza; pero un torrente de sudor se desprendia de sus cabellos.

—¿Ves el altar mayor? le preguntó Luis, señalándose con el dedo.

—Sí señor; murmuró el criado: y por cierto que me parece muy pequeño.

—A mí me parece lo mismo; y hablas como hombre de provecho.

—¿Me puedo retirar, señor?

—Todavía no. Ahora empieza á contar doce losas, desde la grada interior del presbiterio.

—No puedo, señor. Empiezo á perder la cabeza.

—No importa, Francisco: haz un esfuerzo, y serás un hombre de pró.

—Das, dos, tres: murmuró el criado, haciendo como que contaba, y llegó hasta doce.

—Detente. ¿Sabes á quien vi de pié sobre esa losa, ayer hizo un año?

—¿A quién, señor?..

—A Magdalena.

Despues de pronunciar este nombre soltó Luis la mano de Francisco, y este, pegado siempre al muro como un bajo relieve, dejó la cornisa al momento. Meneses se detuvo algunos instantes contemplando la losa que habia sostenido á tan hermosa criatura, y se retiró lentamente.

Estas acciones y palabras esplican por qué Magdalena habia permanecido una hora mirando hácia arriba, como si esperara la aparición de un serafin; pero para poder dar á este incidente el valor que le corresponde es necesario referirlo con la conveniente brevedad.

El día diez y siete de julio del año anterior se encontraban en el Lorenzo, Luis, que habia llegado la noche antes, y Magdalena, que

había pasado en el quince días y debía dejarlo aquella tarde. Por una extraña coincidencia la que se iba y el que había acabado de llegar se encontraban al mismo tiempo en el interior del Monasterio: pero en tanto que Magdalena echaba la última ojeada á la imponente iglesia, Luis se paseaba por la cornisa, sin acordarse del peligro. Moneses, como todo el que ha visitado el Monasterio del Escorial, había observado que las exactas proporciones del edificio lo empequeñecen, y que para comprender su magnitud era necesario recurrir á la comparación. Esto había hecho recurriendo á las estatuas, que desde abajo le habían parecido de tamaño natural, y de cerca las había encontrado colosales; y esto quiso hacer con las personas que se encontraban en la iglesia. Para conseguirlo mejor se paró sobre el mismo borde de la cornisa, y entre otras figuras llamó su atención una muñequita bastante linda que no apartaba de él los ojos: esta muñequita era Magdalena, que desde la cornisa parecía de dos pies de alto nada más. Para conservar todos los pormenores de este incidente, contó Luis las cosas, y vió que su mugercita se hallaba sobre las doce, contando desde el presbiterio, de una línea determinada. Magdalena vió, en la cornisa, otro muñeco; le llamó mucho la atención la serenidad de aquel hombre, que exponía su vida sin apercibirse de ello, y contó los pasos que la separaban del presbiterio, para saber á ciencia cierta desde qué punto había presenciado lo que ella consideraba una hermandad. Luis no se había vuelto á acordar de la mugercita; y sin embargo, el día que la encontró en la calle, creyó que la había visto bajo otra forma, como sucede con un retrato al natural cuando se ha visto una miniatura; pero Magdalena, más romancesca, no había olvidado al hombrecito de la cornisa; y había soñado con él más de veinte noches seguidas; y había vuelto al Escorial el cumpleaños de este incidente, con la esperanza de encontrar al semi-dios de sus ensueños. Ya hemos visto que los lugares volvieron á Luis la memoria, y que encontró la identidad entre Magdalena vista á ojo de pájaro y Magdalena á vista de hombre.

Por imitar á Magdalena, ó por no tener que contestar á las importunas preguntas de sus numerosos amigos, se encerró Luis en su aposento, y esperó en él la hora de volverse á la corte, pensando más en la fatalidad que lo alejaba de Magdalena, que en las fatigas del camino. Llegó el momento deseado, como llegan los que se temen, y tuvo la inefable dicha de encontrarse solo en la berlina; aumentándose el recuerdo de los importunos compañeros que había tenido la tarde antes. El viaje fué lo más feliz imaginable, y á las trece horas de haberla abandonado, se encontraba Meneses reclinado en su gran butaca de viento. Francisco, un tanto amostazado por haber venido en la imperiosa, estaba á dos pasos de su amo, en actitud de esperar órdenes; pero sin tomar una iniciativa, que venía perfectamente á Luis, porque le atoraba hasta el trabajo de pensar.

—Francisco, murmuró Meneses, intentando de esta manera hacer hablar á su criado.

—Señorito; repuso Francisco, sin modificar su actitud.

—¿Qué dices?

—Nada, señorito.

—¿Pero qué piensas?

—¿Sobre qué?

—Sobre nuestro viaje.

—Estaba pensando, señor, que me encuentre bastante cansado.

—Y yo estoy pensando, repuso Luis, conociendo la mala intención de su criado, que cuando ya te rompa la cabeza descansarás perfectamente. Y acompañando la acción á la palabra, tiró un ejemplar de *Los tres mosqueteros*, encaminándolo en taliste, á la cabeza de Francisco. Este, que esperaba el ataque, tenía preparada la defensa; con la agilidad y precisión de un chico que se bate á pedradas inclinó la cabeza, y el libro se estrelló en un focal haciéndolo dos mil pedruzcos. Luis contempló un momento el destrozo que acababa de hacer; pero sin dar la menor muestra de disgusto dijo á Francisco:

—Repáralo, bruto, en lo que acabas de hacer.

—¿Qué he hecho? preguntó el criado con la misma calma que su amo.

—Romper ese fanal.

—Ha sido el libro.

—Si no hubieras bajado la cabeza....

—Estaría vuelto ó chato, é inútil para correr tras la señorita Magdalena.

Meneses había roto un fanal, pero había logrado que Francisco empezara á hablar de una manera razonable.

—A propósito de la señorita Magdalena; ¿sabes que hemos andado entore leguas sin gran resultado? dijo Luis.

—Pero ya sabemos que su padre se llama D. Blas; repuso fríamente el criado.

—Y es lo natural que á esta hora esten en Madrid.

—Es muy probable; si no han tenido la ocurrencia de irse á otra parte.

—Corre á averiguarlo, Francisco.

Francisco inclinó la cabeza, prestando mudo asentimiento á la orden que acababa de recibir; y salió sin decir palabra: Meneses estendió las piernas, echó una mirada á la alcoba, mecía la cabeza lentamente, y se resignó á no acostarse.

Trascurriría un cuarto de hora, que pareció á Luis un siglo, porque Luis tenía la desgracia de fastidiarse horriblemente en medio de su inmensa pereza, al cabo del cual volvió Francisco peor humorado que salió.

—¿Qué noticias? le preguntó Luis, haciendo uno de esos esfuerzos extraordinarios que necesitaba para hablar cuando se hallaba en el apogeo de su indolencia ó de su hastío.

—Ningunas; respondió Francisco, conservándose á buena distancia de su amo.

—¿Y tienes valor de presentarte sin traerme noticias, bellaco?

—Es que aunque no traigo noticias, traigo una cosa que se parece á una noticia.

—¿Qué cosa es esa?

—Que no podemos adquirirla esta noche al menos.

—¿Por qué?

—Porque me han dado con la puerta en los hocicos.

—Espícale un poco más claro.

—Iba yo combiando un plan de espionaje, y continuando mi plan llegué á la calle de....

—El nombre de la calle no viene á cuento.

—Llegué á la calle de la señorita Magdalena, iba á pararme enfrente de su puerta, para tomar aliento y dar la última mano á mi plan, cuando veo que cierran una hoja de la puerta y que se disponen á hacer lo mismo con la otra. En tan grave apuro me decidí por una revolución rápida y echo á correr....

—¿Hacia casa?

—No; hacia la puerta de la señorita Magdalena. Pero por mucho que corrí me dieron con un tablero en las narices, ó correr un enorme cerrojo y dar dos vueltas á la llave.

—¿Por qué no llamaste?

—Hubierasido un escándalo; pero si puedo asegurar que quien corrió la puerta fué una de las doncellas que acompañaron á la señorita á san Lorenzo.

—Entonces estamos seguros de que permanecen en Madrid.

—En doncella al menos.

—Si se hubiera mareado en ama, la hubiera seguido.

—Parece natural.

—Francisco, eres un tesoro; sin apercibirte tú de ello, has averiguado cuanto necesitábamos saber. Ahora desnúdame, que tengo un sueño prodigioso.

—¿Y para mañana qué plan tenemos, si es que V. insiste en adquirir nuevas noticias?

—Insisto más que nunca. Mira: mañana temprano, y temprano llamo yo á las ocho, porque en Madrid amanece muy tarde, te instalas junto á la casa de Magdalena, y averigúas, tú sabrás cómo, el apellido de su padre.

—Procuraré hacerla.

—No hay procuramiento que valga. Cuando yo despierte entrarás á darme la noticia.

Francisco se encojó de hombros, y Luis se acostó muy seguro de conocer al día siguiente la familia de Magdalena.

—El hombre pena y Dios dispone; decía Francisco, levantándose á las siete y media de la mañana del día diez y nueve de julio: pongo yo cuanto esté de mi parte, y disponga Dios lo mejor.

Con estos cristianos propósitos se encontraba á las ocho en punto ante los balcones de Magdalena; pero quedó sorprendido viendo en fondo ellos cédula de alquilar.

—Esta es la mía, dijo para sí, en su atonía á los monólogos. La familia de la señorita Magdalena piensa mudarse y ha puesto cédulas con anticipación; pues habiendo yo visto anoche á la doncella, de seguro no se ha mudado todavía. Con el pretexto de ver la casa me presento, y perderé el nombre de Francisco si no averiguo el apellido de D. Blas.

El plan no era malo, y Francisco se apresuró á plantearlo, pero había contado sin la huésped. El tirador de la campanilla estaba mudo; golpeó la puerta, y no acudieron á sus golpes; indudablemente el caso estaba deshabitado. Francisco no desmayó por ello; cubió al cuarto segundo y llamó. Una criadita jóven y guapa, de esas que acaban dilán la boca, señal fija de que pretenden llegar á señoras, le preguntó qué se le ofrecía.

—Se ofrece, hermosa criatura, saber á donde se ha mudado la familia del cuarto principal; dijo Francisco guiando el ojo lo más graciosamente que supo.

La criadita se sonrió, para mostrar una dentadura tan blanca como el alabastro, y dió á Francisco la respuesta. Al oírlo este se llevó

las manos á la cabeza, y sin despedirse siquiera, echó á correr y no paró hasta que estuvo á la cabeza de su amo.

—¡Francisco! ¡diablo! exclamó Luis, despertándose sobresaltado: ¿Te he llamado yo, por ventura?

—No señor; repuso el criado; pero vengo á decir á V. que la señorita Magdalena se ha ido.

—¿Cuándo?

—Anoche á las doce salió en las diligencias generales.

—¿Mi ropa, Francisco, mi ropa! exclamó Luis, arrojándose de la cama.

—¿A dónde va V., señorito?

—A averiguar qué camino ha tomado Magdalena.

—Señor, me parece lo más prudente que no piense V. más en esa señorita. Si no está de Dios que V. la encuentre.

—Está de Dios ó esté del diablo, la seguiré hasta el fin del mundo.

—Amén; murmuró Francisco no atreviéndose á contradecir á su amo.

Tres minutos despues, nunca Luis se había vestido en tan poco tiempo, bajaba Meneses la escalera de su casa, seguido de su fiel Acates; y pasados otros cinco minutos se encontraban ambos en el despacho de las diligencias generales.

—Buenos días, dijo Luis dirigiéndose al encargado de la expedición de los billetes.

—Muy bien venido, caballero; repuso el encargado.

—Quisiera merecer á V. un favor.

—Explíquese V., caballero.

—Deseo saber si en la diligencia de anoche marchó una familia.

—¿En qué dirección?

—Eso es precisamente lo que deseo saber.

—Veremos si fué hacia Sevilla.

El encargado abrió su registro y empezó á leer á media voz:

—Don Antonio Gonzalez, con dos billetes más...

—No es ese, interrumpió Luis.

—Don Calisto de la Rosa...

—Tampoco.

—Don Joaquín Carranza...

—Mucho menos. Veamos otra línea.

—Don Blas... ¿Qué demonio! sobre el apellido ha caído un borron.

—¿Pero ese don Blas iba solo?

—Todo lo contrario: había tomado el coche y la berlina entera.

—¡Muchas gracias, amigo mío. ¿Y ese don Blas iba...?

—A Bayona.

—¿Hay asientos para Bayona?

—Hasta el primero de agosto ninguno.

—Lo siento mucho, y muchas gracias.

—Servidor de V., caballero.

(Continuad.)

JOAN DE ARIZA.

Amores del rey Don Rodrigo con la princesa Eliata.

Ocupado aun el corazón de Rodrigo con los combates que había sufrido en tan temprana edad, sus empresas guerreras y las inquietudes que habían acompañado á su reciente advenimiento al trono, no había experimentado las dulces sensaciones del amor. Varias anécdotas se refieren sobre la primera hielada que halló gracia á sus ojos y raíz elevada por él al trono; pero nosotros nos limitaremos á seguir los detalles de un cronista árabe (1) á quien da por auténtico uno de los más célebres poetas españoles (2).

Entre las pocas plazas fortificadas que no había querido desmantelar D. Rodrigo se hallaba la antigua ciudad de Denia, situada en las costas del Mediterráneo, y á la que defendía un castillo edificado sobre una alta roca que dominaba perfectamente el mar.

El alcaide de la fortaleza, acompañado de mucha gente de la ciudad, estaba un día en la iglesia implorando á la Virgen que ahuyentara una tempestad que azotaba las costas, cuando un centinela trajo la noticia de que un crucero morisco estaba preparándose á desembarcar en la playa. El alcaide dió inmediatamente órdenes para que las campanas tocasen á rebato y se encendiesen hogueras en las eminencias de la montaña, con objeto de avisar y alarmar á los pueblos circunvecinos; pues estaban expuestas las costas á las crueldades devastadoras de los cruceses berberiscos.

No tardaron mucho en aparecer á caballo innumerables habitantes de las cercanías, armados con lo que primero pudieron hallar á mano,

y todos precedidos por el alcaide que se constituyó en jefe, salieron de la ciudad. Al mismo tiempo, el barco morisco remaba desapoderadamente por llegar á la orilla. Ya le faltaba poco para conseguir su objeto, y los soberbios figurones dorados que decoraban su exterior, sus magníficos gallardetes y banderolas de seda, la multitud de remos caprichosamente pintados, daban á entender que no era un buque de guerra, y si una suntuosa galera destinada á alguna ceremonia de estado. Traía todas las señales del temporal, rotos los masteleros, medio destruidos los remos, y trozos del velamen y de las banderolas esparcidos por todas partes.

Al encallar el mátrago barco en la arena, la turba impaciente de cristianos se lanzó á él, árida de cautivos y despojos; no pudo menos, sin embargo, de pagar alguna admiración y respeto á la ilustre compañía que venía á bordo, donde se hallaban moros de ambos sexos lujosamente ataviados, y revelando en su noble aspecto y en la multitud de joyas que les adornaban el alto rango á que pertenecían. Notábase entre todos una jóven radiante por la riqueza de su traje y su singular hermosura, á quien todos parecían rendir cierta sumisión.

Varios moros la rodearon con los alfaques desnudos, amenazando con la muerte al que se atreviera á acercarse. Otros saltaron del buque y corrieron á pedir de rodillas al alcaide que por su honor y nobleza, como caballero, protegiese á una virgen real de las injurias é insultos de sus secuaces.

«Ante vos tenéis, señor, le decían, á la hija única del rey de Argel; á la prometida esposa del hijo del rey de Túnez. La íbamos conduciendo á la corte de su futuro esposo, cuando la tempestad nos separó de nuestro camino, obligándonos á refugiarnos en vuestras costas. No seáis más cruel que la tempestad, y prodigados generosamente lo que las olas y la tormenta nos han negado.»

El alcaide dió oídos á sus súplicas. Condujo á la princesa y toda su comitiva al castillo, donde se le hicieron todos los honores correspondientes á su clase. Varios de sus antiguos vasallos intercedieron por su libertad, ofreciendo cuantiosas sumas que, en nombre de su padre, pagarían por el rescate; pero el alcaide desoyendo sus deslumbrantes ofrecimientos, «es una cautiva real, decía, y solo mi soberano puede disponer de ella.» Por lo tanto, despues de haberla dejado descansar algunos días en el castillo, y cuando se hubo recobrado totalmente de las incomodidades de la travesía y del terror de las mares, hizo que la condujesen con toda su comitiva y con la pompa correspondiente á una princesa, á la corte de D. Rodrigo.

Entró, pues, la hermosa Eliata (1) en Toledo, mas bien como una soberana triunfante, que como cautiva. Un cuerpo escogido de caballeros cristianos, cubiertos de ricas armaduras, abrían la marcha como simple guardia de honor. Rodeaban á la princesa las damas moras de su comitiva, y la seguía su guardia musulmana, ostentando todos el lujo que tenían reservado á la corte de Túnez. La princesa iba vestida en traje de novia, con los atavíos más costosos del oriente; su diadema centelleaba con el fuego de sus diamantes, y estaba adornada con las plumas más raras y preciosas del Paraíso; aun el mismo jaez de seda de su soberbio palafren que apenas tocaba al suelo, estaba bordado con perlas y piedras preciosas. Al atravesar la brillante calzada al puente del Tajo, no quedó habitante en Toledo que no saliese á contemplarla, no oyéndose por toda la ciudad otra cosa que alabanzas á la sorprendente hermosura de la princesa argelina. Adelantado el rey Rodrigo seguido de los caballeros de su corte á recibir á la real cautiva. La vida voluptuosa á que últimamente se había entregado, había dispuesto su corazón á las sensaciones amorosas, y á la primera vista de la sin par Eliata quedó encantado por sus encantos. Niendo su hermoso semblante alterado por el sentimiento y la ansiedad, trató de consolarla con dulces y corteses palabras, y conduciéndola á su real alcázar, «hé aquí, le dijo, tu habitación, donde nadie osará molestarte; desde este instante puedes considerarte en la mansión de tu padre y disponer á tu placer de cuanto apeteces.»

Allí quedó, pues, la princesa con las damas que la habían acompañado de Argel, y á nadie era permitida visitarla, excepto el rey que cada día sentía aumentarse más su amor hacia la Gerusa cautiva. (rebatido por esas mismas cosas) estaban á su alcance atraerse su afecto. Tan rápido tratamiento comenzó á disipar en la princesa el natural dolor de su cautiverio, pues justamente se hallaba en esa florida edad en que el sentimiento no puede albergarse por mucho tiempo en el corazón. Acompañada de las jóvenes damas de su corte, visitaba los cómodos salones del palacio, y asistía en divertidos paseos á templados ambientes de los jardines. Cada día le inquietaba más el recuerdo de la casa paterna, y cada día aparecía el rey más dulce y más amable á sus ojos; y cuando por último le ofreció dividir con ella su corazón y su trono, le escuchó con los ojos bajos y ligeramente sonrojada, pero con aire de resignación.

Un obstáculo quedaba aun que superar para cumplir los deseos de

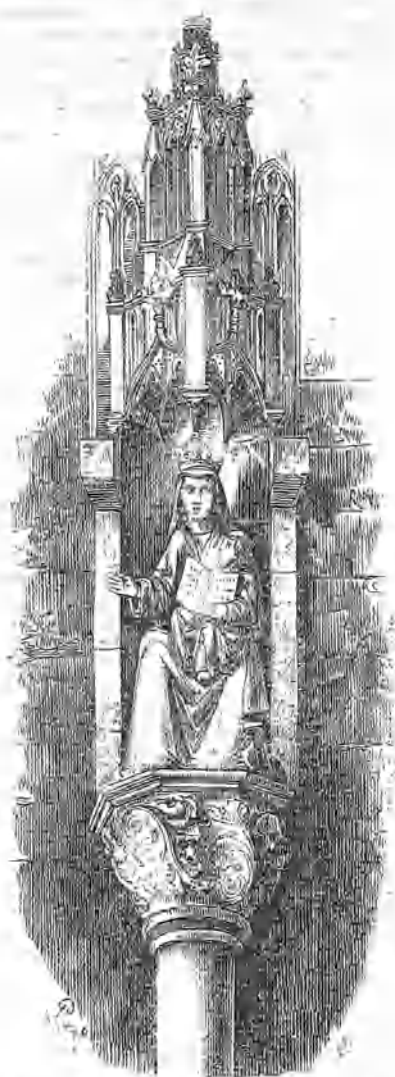
(1) Historia de España por Ilustracion Fari. Montagan.

(2) Leyes de Yago.

(1) Algunas de las mismas cosas.

muñecas, y era la religion de la princesa. Rodrigo, inmediatamente encargó al arzobispo de Toledo que iniciase á la bella Eliada en los santos misterios de la fe cristiana. La inteligencia femenil es al mismo tiempo que dócil, muy pronta en concebir las excelencias de las nuevas doctrinas: así que, no tardó mucho el arzobispo en lograr su conversión, como tambien la de la mayor parte de sus damas; señalando en seguida el día en que había de celebrarse el bautismo público. La ceremonia se efectuó con gran pompa y solemnidad en presencia de toda la nobleza de la corte. La princesa y las damas, vestidas de blanco, marchaban á pié hacia la catedral, en tanto que una tropa de hermosísimos niños, vestidos de ángeles, iba sembrando el camino con flores, y el arzobispo, salíéndoles al encuentro, las recibió, se puede decir, en el seno de la Santa Iglesia. La princesa abandonó desde aquel momento su nombre morisco y fué bautizada con el de Exilona, por el cual se la llamó en adelante, y es generalmente conocida en la historia.

Las bodas de D. Rodrigo con la hermosa convertida se verificaron poco despues, celebrándose con la mayor magnificencia. Hubo fiestas, torneos, banquetes y otros regocijos públicos, que duraron por espacio de veinte días, y á los cuales acudieron los nobles de todas partes de España. Despues de esto, los individuos de la comitiva de la princesa que rehusaron abrazar el cristianismo y deseaban volver á Africa, fueron enviados á ella con magníficos regalos y acompañados por una embajada al rey de Argel para participarle el enlace de su hija y asegurarle la sincera amistad de D. Rodrigo.



Nuestra Señora llamada la Africana, sita en su capilla en la catedral de Toledo.

ALCAIDE DE LOS DONCELES.

Algunos de los que profesan veneracion y respeto á todo lo antiguo, y que se persuaden que ciertos cargos son tanto mas distinguidos cuanto mas remota es su creacion, han recorrido con aridez nuestra literatura para buscar el origen de esta dignidad; pero sus investi-

gaciones no han producido feliz resultado, porque yace envuelta en la mas completa oscuridad. La primera noticia que se halla de estos alcaldes es en el reinado de D. Alonso XI, ó el último que dió este título á Alonso Hernandez de Córdoba, señor de Cúñete, en la batalla de Tarifa; pero no se puede afirmar si se conocia ya antes este oficio ó se creó entonces, porque son de igual valor las razones que militan en pro y en contra. La misma palabra de alcaide, que es diction árabe, y que equivale en castellano á guarda de castillo ó fortalezas, parece que demuestra que se instituyó este cargo en una época anterior á la que nos referimos. No era posible tampoco que D. Alonso olvidara al expedir su nombramiento al señor de Cúñete, que establecia esta dignidad, porque así se hacia resaltar mas el mérito de su predilecto vasallo, que ya por su fidelidad, ya por sus buenas servicios habia merecido tan señalada honra. Pero si revisamos las leyes de Partida que tan minuciosa cuenta dan de los oficios mas notables en lo antiguo, con especificacion de sus respectivas obligaciones, y vemos enteramente olvidado el que ahora nos ocupa, nos veremos precisados á confesar que efectivamente se creó al disponerse para la batalla de Tarifa, ó como otros pretenden, al determinar el cerco de Algeciras. Esta opinion parece la mas probable, porque los reyes cuando acometen empresas de esta naturaleza, solian establecer nuevos oficiales; ora para poder dividir el ejército y confiar el mando de estas divisiones á los entonces nombrados, ora para procurarse mejor éxito. Estas consideraciones influyeron sin duda alguna en el ánimo del santo rey Fernando, que fundó el almirantazgo para la conquista de Sevilla; y obligaron á D. Juan I para la de Portugal á nombrar el condestable y los mariscales.

La denominacion que se le habia dado indicaba al parecer, que debia cifrar su principal cuidado en la custodia ó guarda de los donceles, ó páges del rey; pero las circunstancias que concurrieron á su creacion, la proximidad al combate, el mando que se le confiaba, y la precision en que estaba de medir su brazo con los enemigos y dar los primeros golpes, nos persuaden que debia ponerse á la cabeza de una compañía de hombres aguerridos, que si bien habian sido educados en la cámara del monarca, habian ya dado muestras de tener esforzados corazones, y constituian su guardia especial; ó como dice un escritor, eran los caballeros de la mesnada del rey.

La reina doña Juana en un privilegio que espidió á favor de Don Diego Hernandez de Córdoba, capitan general del reino de Tremecen, y alcaide de los donceles, consignó las especiales obligaciones de este funcionario, y se deduce de su lectura que era uno de los oficios mas distinguidos de la corte, y de los que merecian mayor consideracion. Cuando marchaba el rey al frente del ejército, ocupaba el alcaide la vanguardia, y al tiempo de hacer alto, señalaba el sitio que debia acampar tanto el rey, como los principales gefes, y toda la hueste. Acampado el ejército, tomaba el mando en jefe, y de tal modo, que no podia ausentarse persona alguna sin su permiso especial, ni podía enviarse sin su mandato partidas que hicieran presa en tierra de enemigos, ni que condujeran víveres ni otras cosas necesarias á los reales. Igualmente le competia la distribucion de los centinelas y avanzadas, y la inteligencia con los espías.

Esta dignidad duró hasta el tiempo de D. Felipe III, habiendo sido el último que la disfrutó D. Diego de Córdoba, Araya y Cardona, duque de Cardona y marqués de Comarés. Despues de esta época ya no se hace mención de este cargo.

GERBELIFIED.

